

una palabra, el Señor ha fundado una fiesta periódica y perpetua para la humanidad, porque el hombre tiene necesidad de fiestas. Retenido lejos de la ciudad permanente que es el término de su peregrinación, y llevando en el corazón la melancolía de la prueba y de la ausencia, necesita salir por medio de sacudimientos de la opaca sombra de su vida monótona. Necesita, como Saúl, oír el sonido del arpa, ó, como David, marchar en cadencia delante del Arca del Señor. ¿Pero quién dará fiestas al pobre pueblo de este mundo? ¿Quién le dará palacios, estatuas, pinturas, voces y antorchas? ¿Quién le dará emociones dignas de él, y esa rara alegría con que se arrebata la conciencia así como el corazón? El pueblo es pobre y sin arte; no tiene nada grande mas que á sí mismo y á Dios que le protege. El pueblo y Dios se reunirán, y esta será la fiesta de la humanidad. Sesenta siglos hace que ambos son fieles á esta cita, y que se dan sin interrupción esta fiesta, que no cuesta al pueblo mas que reunirse, y á Dios nada mas que verle.

Los legisladores de las naciones han reconocido esta necesidad popular de goces comunes y públicos, ellos han tratado de satisfacerla por medio de pompas religiosas, de espectáculos, de triunfos, de juegos, de combates. Pero en vez de instruir y de elevar al hombre, nada ha contribuido tanto á degradarle: las pasiones mas vergonzosas iban á buscar allí aplaudidos adormecimientos. La sangre y el deleite se daban cita ante las santas imágenes de la patria, y la publicidad, madre del pudor, solo era allí para la multitud una disolución y un desenfreno mas. Esto consiste en que los placeres de la multitud giran fácilmente hácia todos los vicios. Un célebre político ha dicho: « El que reúne al pueblo, lo amotina. » Con no menos verdad podria decirse, el que divierte al pueblo, le corrompe. En los tiempos modernos se han visto legisladores racionalistas tratar de crear fiestas para reemplazar la del séptimo día que habian abolido. No han logrado con esto sino inventar imitaciones de la antigüedad, con el ridículo de mas y el pueblo de menos. El sentido público habia llegado á ser demasiado justo y demasiado profundo bajo la inspiración del cristianismo para acoger estas pueriles renovaciones. Preciso ha sido, pues, en las grandes ocasiones de la vida civil limitarse á dar diversiones vulgares, y solo Dios ha quedado en posesión de dar al género humano solemnidades graves que le reúnan, le remuevan, le mejoren, y le den descanso.

¿Hay uno siquiera entre vosotros, señores, que no se haya conmovido alguna vez en vista del espectáculo tierno que presenta una

población cristiana en el día consagrado á Dios? Las calles se cubren de una multitud adornada con sus mejores trajes; todas las edades comparecen allí con sus esperanzas y con sus penas, unas y otras mitigadas por un sentimiento mas alto de la vida. Una alegría fraternal anima los ojos de los que se encuentran: el servidor está mas inmediato á su amo; el pobre está menos distante del rico; todos por la comunidad del mismo deber realizado, y por la conciencia de la misma gracia recibida por todos, se sienten mas estrechamente hijos del mismo Padre que está en el cielo. El silencio de los trabajos serviciales, compensado por la voz alegre y mesurada de las campanas, advierte á millares de hombres que son libres, y les prepara á soportar por amor de Dios los días en que no lo serán. Nada austero oscurece en aquel día los semblantes; la idea de la observancia está moderada por la del reposo, y la idea del descanso está embellecida por la imagen de una fiesta. El incienso humea en el templo, las luces brillan en los altares, la música resuena en las bóvedas y en los corazones; el sacerdote va desde el pueblo á Dios y desde Dios al pueblo; la tierra sube y el cielo baja: ¿quién no saldrá del templo mas tranquilo? ¿Quién no volverá á entrar en él mejor de lo que ántes era? ¡Oh! en cuanto á mí, señores, puedo aseguraros que siempre me ha enternecido este día, y aun en esta capital en que tantas almas no le respetan, no veo jamás el efecto popular de él sin elevarme hácia Dios por una aspiración de reconocimiento y de amor.

Tal es, pues, el sentido; tal el resultado de esta gran ley del trabajo, que Dios ha querido promulgar y consagrar desde el acto mismo de la creación. Despues de habérselo interpretado, ¿podré yo contener un sentimiento doloroso que me oprime? ¿Podré no quejarme de que haya un pueblo cristiano que desprecia esta ley, y de que este pueblo sea el nuestro? ¿Es la Francia la que desconoce en este punto los deberes mas sagrados del hombre hácia el hombre? ¿Es ella la que desgarrar el pacto fundamental de la humanidad, y la que entrega al rico el alma y el cuerpo del pobre para que use de ella á su placer; la que huella á los piés el día de la libertad, de la igualdad, de la fraternidad, el día sublime del pueblo y de Dios? ¿Es la que hace esto la Francia? No la excuseis, diciendo que ella permite á cada uno el libre ejercicio de su culto, y que á nadie se le obliga á trabajar en el séptimo día, porque esto es añadir á la realidad de la servidumbre la hipocresía de la emancipación. Preguntad al artesano si es libre en abandonar el trabajo á la aurora



del día que le manda el descanso. Preguntad al jóven que consume su vida en un lucro cotidiano de que no se aprovecha, si es libre de respirar una vez por semana el aire del cielo y el aire mas puro aún de la verdad. Preguntad á esos seres ajados por el trabajo y que pueblan las ciudades de la industria, si son libres para salvar su alma aliviando su cuerpo. Preguntad á los innumerables víctimas de la codicia personal, y de la codicia de un señor, si son libres para hacerse mejores, y si no los devora y se los traga vivos el golfo de un trabajo sin reparacion física ni moral. Preguntad aun á los mismos que descansan en efecto, pero que descansan en la bajeza de los placeres desarreglados, preguntadles lo que llega á ser el pueblo en un descanso que no se da ni se protege por Dios. No, señores, la libertad de conciencia no es aquí sino el velo de la opresion. Ella cubre con su manto de oro los viles hombros de la mas vil de las tiranías, la tiranía que abusa de los sudores del hombre por codicia y por impiedad. Si la libertad de conciencia fuese aquí algo de verdad, la Inglaterra protestante se hubiera apercebido de ella; la democracia de los Estados Unidos de América se hubiera apercebido tambien, ¿y en qué lugares del mundo hubiera sido mas respetado el derecho del séptimo día? Sepan, pues, los que lo ignoran; sepan los enemigos de Dios y del género humano, cualquiera que sea el nombre que tomen, que entre el fuerte y el débil, entre el rico y el pobre, entre el señor y el servidor, la libertad es la que oprime y la ley la que liberta. El derecho es la espada de los grandes; el deber es el escudo de los pequeños.

Tiempo es ya, señores, de que arranquemos de la Francia este lamentable error que ha durado demasiado. Así tambien las tempestades nos advierten que es malo violar los mandamientos que fueron promulgados con la creacion, renovados en medio de los rayos del Sinai y empapados en la sangre del Calvario. El que está contra Dios está contra la humanidad; y si algunos desgraciados, armados de lo que llaman la razon, no temen hacerse estos dos enemigos, nosotros podemos fiar nuestra venganza en el solo porvenir, en ese porvenir que es ya presente y que nos advierte á todos que pensemos en nuestras culpas y en combatirlas generosamente con una saludable reparacion. La Francia lo hará. Sí, Dios mio, la Francia lo hará. Nosotros tenemos el augurio en el respeto que os tiene aun en medio de las ruínas que tan súbitamente acaba de hacer. Ella escuchará las profecías de la experiencia; ella volverá á levantarse hácia vos por las dificultades para consolidarse por sí misma. Ella

reconocerá obediente como principio de su salvacion esa bella palabra que habeis dicho á todos los pueblos del mundo por Jesucristo, vuestro único hijo: *Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y el resto os será dado por añadidura* (1). Escuchad, Dios mio, esta voz que os habla de Francia, y cuando un año descendido de vuestra eternidad sobre nuestra corta vida nos vuelva á este templo, haced, Señor, que volvamos á hallar en pie en él, mas fuertes y mas gloriosas que nunca, la patria y la verdad.

(1) San Mateo, cap. 6, vers. 33.